

que el plato de sopa se enfríe luego, luego, antes del año treinta? Entonces me reí desenfadado, me reí y no me sonreí. Manuel, lo recuerdo perfectamente porque alguien me dio un coscacho, porque alguien me dijo estúpido y palangana y huacho y vas a ver cuando llegue tu padre.

Siempre esperaban ellos que llegara mi padre, como ahora mismo esperaban que llegara su padre, el padre de su apetito, el padrastro de la sopa, el amo feroz del plato que lo mataba enfriándolo, esperaban, esperaban, Manuel, eso sencillamente, ya lo dije, que la sopa se enfriara y descendiera hacia la ignorancia, que la sopa se tranquilizara y botara sus nervios, sus dudas, sus ascos, sus temores, se civilizara, se adormilara y dejara de ser brutal y fatal, infernal e infecciosa dejando de estar sola. ¿Te das cuenta? Yo ya me había dado cuenta mucho antes, pero ahora estuve seguro y por eso me sonreí, es decir me reí, los coscachos, el insulto y la amenaza fueron por mi risa y no por mi sonrisa y ahora, cuando oscureciera, llegaría mi padre. Así como llegaba un momento fatal en que después de tanto tiempo y tantos siglos, por fin la sopa se enfriaba, casi demasiado pronto, también llegaba todo el tiempo, por lo menos cada día, o una o dos veces por semana, para no ser mentiroso apasionado, el momento en que mi padre realmente llegaba. Por eso, cuando yo esperaba, sentado solo en la puerta de la calle, acurrucado en la penumbra, enfriándome en las baldosas, que él viniera caminando en paz y en silencio por la calle y lo divisaba, me ponía súbitamente de pie y corría y le echaba un beso desordenado en su barba crecida y me agarraba de los diarios que él traía para mí solo, para que yo los guardara y soñara apoyado en ellos en sus guerras y en sus ciudades, y entonces me acordaba del plato de sopa y sentía más vergüenza que tristeza, no sabía entonces decir por qué y no sé ahora decir por qué, pero todo ese tiempo, esos copiosos e interminables días en que se trató de imaginar perfectamente lo que aquí estoy diciendo, los veía a los dos, a mi padre y al plato de sopa, uno enfriándose solitario e inerte, y sobre todo ignorante, encima del mantel, rodeado de bocas y de vientres criminales, y el otro caminando cansado, pensativo, evasivo, triste, por la plaza de armas, por el tranvía, por la calle Copiapó para encontrarse conmigo disfrazado de niño, yo era la bestia insaciable e incansable, el enemigo malo, libranos Señor. Y pensé, cuando él no me pegó ni me retó y no dijo absolutamente nada, ignorándome, suprimiéndome y pasándome distante los diarios, sin contaminarse ni comprometerse, como si los dejara caer en el vacío, sintiéndolo que suspiraba en la noche, dormido, enteramente dormido, pensaba en él y estaba seguro de

que si no estaba mi madre en su sueño estaba yo, estaba seguramente yo y por eso se removía inquieto y perdido y de repente se sentó en la cama y estaría mirando la casa grande de La Serena, donde vagaba ella todavía a través de las puertas abiertas, todavía viva, delgada y viva, tosiendo pero viva, desde hacía tres años detenidos, o estaría mirando el comedor, donde estaban amontonados los platos sucios y las copas manchadas y las botellas vacías y cada cuchara y cada tenedor en los que se reflejaba o goteaba mi malvada risa, mi pecaminosa e infecta risa y, sin embargo, tan insegura y solitaria. No me dormía tampoco y pensaba otra vez en la pregunta que Cristo, él, había abierto aquel viernes y que todavía nadie en el mundo cerraba y mientras no llegara el otro crucificado, trayendo la cruz y los clavos y la otra mitad de la pregunta, nada andaría bien en estas calles, en estas casas, en estas soledades. ¿O no era una pregunta y era, más bien, eso mismo, eso otro, Manuel? ¿Es decir, el tema, mi tema que tengo que escribir? ¿No crees tú que podría serlo él perfectamente, no sólo por sus palabras sino también por su figura, por sus conversaciones y situaciones y alteraciones que de intento buscaba y provocaba? No pienso en la última cena, Manuel, ni en las bodas de Canaán, ni en las risas y los sollozos enamorados de María Magdalena, ni en los discípulos de Emaús miserables y generosos, no, no pienso en nada de eso, porque es fácil, obvio y reglamentario pensarlo, son ejemplos claros de superficie, historias engañosas y lindas, por lo mismo sin relieve, un caminito corto y frugal para los que carecen de imaginación, de esta pasión que es la imaginación. Pero allá arriba, colgado y exhibido en la cruz, en la cruz que para él habían aderezado los comensales romanos, estaba esa fatalidad activa, esa tragedia creadora que es Cristo. ¿No lo ves tú como un plato incomible e indigesto para el imperio, para todos los imperios, para los imperios de todos los tiempos? Ese plato de pan, ese plato de carne y de sangre que era él, no era para cualquier estómago, para todos los vientres, sino para aquellos que lo necesitaban, para aquellos que lo estaban necesitando todo el tiempo y que seguramente lo seguirían necesitando. ¿No crees que él, colgado en la cruz, en la carnicería del imperio romano, en el puesto de carne del imperio romano, estaba más alto y más inalcanzable, más expuesto y más abyecto para disfrazar y hacer difícil e incocinable e incomible su golosina, esa atroz golosina en que había sido trocado porque él lo quería? Porque él no estaba servido en el plato de la cruz para aquellos comensales sino para otros, para los otros que estaban allá lejos y cerca muertos de hambre y de necesidades, en las catacumbas de la vida, en las catacumbas del sufrimiento y

de la desesperanza, ellos lo estaban esperando, lo esperarían para mucho tiempo todavía; pero él mismo era también una carne, una comida, un alimento que estaba esperando, esperando las bocas, los vientres, las hambres, las necesidades, las furias para las cuales él y su alimento habían sido creados sin agotarse ni gastarse. Porque eso era lo esencial, Manuel, ¿te das cuenta? Cristo era un alimento inagotable, todo en su historia lo está indicando, sus palabras y su silencio, su acción y su desesperación, las parábolas todas, siempre tan perfectas, a menudo tan inconclusas, están comentando no su vida actual, sino su vida para después, él está rápidamente multiplicando los peces y los panes, pero se está también multiplicando a sí mismo, y así, cuando los pobres, los miserables, los perseguidos, los que padecen hambre y sed de justicia, hambre y sed concreta de justicia, después de hartarse en el banquete insaciable que es siempre él, todo el tiempo sobran canastas y canastas repletas del pez que es Cristo, del pan que es Cristo, de la carne y la bebida que es Cristo y que era efectivamente cuando tentaba y ofrecía a sus discípulos que lo dibujaran y partieran y repartieran imaginando la eucaristía. ¿Y qué pasó entonces? ¿Fue devorado por el imperio, fue asimilado o convertido en digestión lenta y rápida, difícil y calculable del imperio? No, Manuel, porque Cristo no era cualquier plato de sopa servido en cualquier comedor del imperio para cualesquiera hambrientos imperiales. Cristo no fue devorado, no fue nunca devorado y por ello se mantiene allá, es decir, en todas partes, furioso e incomible, ardiente y furioso e incomible, caliente y furioso y hasta lujurioso, pero incomible, porque él será comido cuando quiera y por quien él quiera y su vida y su palabra y su ejemplo y su silencio y sus parábolas y consejos y sus invectivas, raptos y fugas y sus vertiginosos descensos y ascensos son nada más que el plato insustituible que es servido en la mesa equivocada, en la mesa desequilibrada y coja y estrecha por quienes no son los comensales, y lo que otros digan disfrazándose mentirosos con él, lo que diga el padre Rolando, por ejemplo, disparando arpegios con el piano y humillaciones con la boca, o el padre Aquiles, blanco, frío, áspero como la tiza con que dibuja impecables y muertas ecuaciones, no valen malditamente nada, no valen nada el viernes ni el domingo porque ellos se equivocaron de comedor y de comida. Eso es todo para ellos, pero no para mí, para ti tampoco, Manuel, así lo espero. ¿Te das cuenta de mi fácil descubrimiento? ¿Te das cuenta de lo que quiero decir si no logro decirlo? Ahí estábamos todavía, alrededor de la mesa, todavía esperando que la sopa se enfriara, al lado, afuera de ella para entrar en ella. Que llegara esa fatalidad como llegaron el

centurión y el delatador, los pacos y las espadas, pero todos juntos llegaron inútilmente porque al otro día la comida que era Cristo había sido robada por los verdaderos hambrientos, por los hambrientos destinados y necesarios. Pero aquí, aquí, amigo mío, ¿quién se robaba la sopa para que no se la bebieran cuando ella misma se estaba enfriando y entregando? Ella se estaba enfriando cobardemente, Manuel, sin luchar, sin vociferar, sin defenderse con su fuego y su prohibición, sólo por eso se estaba muriendo en la garganta ansiosa y sedienta de mi tío Enrique y en la garganta vulnerada y dolorida de mi tío Lucho. ¿No era toda la verdad y todo el drama? ¿Y no era también la pregunta, toda mi larga pregunta? Ahora me sentía indignado, ahora era capaz de soportar mi propia vida y mi propio coscacho y mis propios insultos, ahora los merecía a los tres, ahora merecía haberme reído con toda el alma y todo mi desprecio y era capaz de vagar desenfadado por el mundo y era capaz de ir a esperar desafiante a mi padre a la esquina de la calle Maestranza para que me pegara delante del público que entraba al cine y de la gente que iba pasando por la vereda, era capaz de soportar, porque sabía. En cambio, la pobre humilde sopa, la humillada sopa nocturna no era capaz de soportar y no sabía. Le tenía lástima, pero le tenía también, creo que es la verdad y no lo niego, y tampoco me arrepiento, un poco de absoluta rabia y de desprecio. Claro, dices tú sensatamente, había nacido sopa y las sopas nacen para ser comidas, pero ¿te das cuenta de una cosa? Hay bocas y bocas y hay sopas y sopas. Las bocas eligen, ¿o no eligen? ¿Y por qué no debieran elegir también las sopas? A cada cual un denario, o algo así, Manuel, un denario de libertad, de pasión y de coraje, de elección y de amenaza, para elegir y, sobre todo, para ser elegido. Cristo, la sopa de Cristo, el pan de Cristo, la carne de Cristo, el alimento, el almuerzo, la comida caliente y dispuesta que era Cristo no se había dejado engullir, por eso lo mataron, pero matándolo lo convirtieron, sin ellos saberlo los comensales, pero sabiéndolo él, en comida eterna, en la verdadera comida que él quería ser, en la sopa que no se enfriaba jamás porque está siempre servida y lista para aceptar y para rechazar. Si no hubiera comedores en las casas del mundo no habría revoluciones, pero los hay, siempre los hay, no siempre hay sopa, ¿te das cuenta, Manuel? y por eso él tomó una forma de comida fácil para exteriorizarse y exteriorizar su anhelo, toda la parábola que fue su vida gira alrededor del alimento y de la falta de alimento, del alimento que debe ser y del que no debe ser, el que debe ser digerido sin examen ni discusión y el que debe ser examinado y sospechado durante largo tiempo, durante muchísimo tiempo por todos los ojos y, especialmen-